

Entre Francia y España: el asesinato del rey galo Enrique IV (1610) y sus repercusiones a través de las relaciones de sucesos

Augustin Redondo

Université de la Sorbonne Nouvelle-CRES
auja.redondo@sfr.fr

Resumen

Tras el asesinato de Enrique IV en mayo de 1610, las relaciones sobre el suceso, tanto en Francia como en España, reflejan la reorientación de la política exterior en los dos países, cuyas élites se inclinan en ese momento más por el pacto que por el enfrentamiento, de forma que Enrique IV pasa de ser acusado de hereje a ser tratado como rey amigo y católico convencido. El inventario de relaciones refleja la manipulación de la opinión pública.

Palabras clave

El asesinato de Enrique IV de Francia; 1610; relaciones franco-españolas; relaciones de sucesos; manipulación ideológica; opinión pública

Abstract

Between France and Spain: the Assassination of Henri IV (1610) and its Repercussions in Spanish News Pamphlets.

After the assassination of Henri IV in May 1610, news pamphlets on the event, both in France and in Spain, reflect the redirection of foreign policy in both countries, whose ruling elites moved away from confrontation, with Henri IV ceasing to be accused of heresy and beginning to be treated as an ally and a sincere Catholic. An examination of the relevant news pamphlets reflects this manipulation of public opinion.

Keywords

The assassination of Henri IV of France; 1610; Franco-Spanish relations; news pamphlets; ideological manipulation; public opinion

A lo largo del siglo XVI, Francia y España estuvieron en conflicto declarado o encubierto, pues los dos países luchaban por la supremacía europea.

En el contexto de esta situación de oposiciones y de luchas abiertas o sopapadas, ocurre el 14 de mayo de 1610 el asesinato del soberano galo, Enrique IV, que tuvo amplia resonancia y consecuencias muy importantes no solo para Francia sino también para la coexistencia franco-española.

Se multiplicaron entonces las relaciones de sucesos del lado francés, pero también hubo varias del lado español y deseamos insistir sobre éstas, poniendo de relieve las peculiaridades de las dos visiones del mismo acontecimiento y sacando de ello unas cuantas consideraciones. Pero antes de entrar de lleno en el tema, es necesario evocar primero las características de la política exterior de los dos países, a finales del siglo XVI y a principios del siglo XVII.

Felipe II, verdadero campeón del catolicismo y de los intereses de la Casa de Austria, no vaciló, en la segunda mitad del siglo XVI, en intervenir en las guerras de religión francesas, apoyando directamente a los católicos de la *Liga*, encabezados por los Guise y guiados por los jesuitas, contra el partido protestante (el cual favorecía a Enrique de Borbón, rey de Navarra, y a Enrique III de Francia). Después del asesinato de este último en 1589, se dijo que España estaba implicada en el trágico acontecimiento.

Enrique de Borbón heredó la Corona, pero los enfrentamientos entre los dos bandos recrudescieron por ser calvinista el rey de Navarra. Cuando éste se hubo convertido al catolicismo en 1593, pudo por fin coronarse en 1594 y entrar en París, a pesar de la oposición del soberano español (Garrisson, 2006; Babelon, 2009; Constant, 2010; Delorme, 2010)

A causa de estos antecedentes, las relaciones entre Felipe II y Enrique IV no dejaron de ser muy tensas. El rey de Francia tenía la impresión de que su reino se hallaba en peligro por rodearle las posesiones de la Casa de Austria. De ahí que mantuviera una red de alianzas europeas con los adversarios de Felipe II y, en enero de 1595, declaraba la guerra a España. Después de varias peripecias, y por estar agotados los dos países, en 1598, el mismo año en que había promulgado el edicto de Nantes que establecía la paz religiosa en Francia, el rey galo firmaba la Paz de Vervins con el monarca español (Pillebout y Vidal, 1998; Labourdette *et al.*, 2000), reconociendo éste a Enrique IV como soberano del reino francés. Poco después, fallecía Felipe II. Sin embargo, el tratado de Vervins instituía más bien una “paz armada”, dado que los dos reyes nutrían fuertes sospechas el uno contra el otro.

A pesar de todo, con la subida al trono de Felipe III y la privanza del duque de Lerma, se impuso en España una política de moderación, cuajando en lo que se ha llamado la *Pax Hispanica* (García García, 1996, 2008: IV, 1215sq.; Eiras Roel, 1971). No obstante, la gran empresa de Enrique IV consistía en debilitar al máximo a la Casa de Austria, tanto la española como la germánica, y en los años 1609-1610, se asiste a una mayor agresividad por parte del rey de Francia.

Al aliarse con su antiguo adversario, el duque de Saboya, por el tratado de Bruzolo de abril de 1610, pretendía atacar en mayo de ese año a Milán, centro

del poder hispánico en Italia y punto de enlace de España con los Países Bajos. Paralelamente, con otro ejército, tenía la intención de invadir esos Países Bajos y de ocupar luego el ducado de Cléveris y de Julich, cuya sucesión estaba vacante, pero Enrique IV apoyaba a los pretendientes protestantes y la Casa de Austria a los católicos. En poco tiempo, el soberano galo consiguió levantar más de cuarenta mil soldados, lo que alarmó mucho a Madrid y a Viena (Eiras Roel, 1971; Feros, 2002: 381-382; Williams, 2010: 217-218).

Fue entonces, el 14 de mayo de 1610, cuando ocurrió el asesinato de Enrique IV (Mousnier, 1964; Castanède, 2009; Petitfils, 2009; Cassan, 2010). La víspera, se había verificado, en San Dionís, la coronación como reina de Francia de la esposa del soberano, María de Médicis. Así, el monarca, que deseaba salir rápidamente de la capital para encabezar las operaciones militares, podría dejar a María como regente durante su ausencia.

El asesinato del soberano, que iba en su carroza, por un católico fanático, François Ravaillac, provocó una verdadera conmoción.

Poco a poco, la fatal noticia se propagó y corrió la voz de que el asesino era español. Hubo entonces un agolpamiento de gente ante la embajada de España para quemarla y agredir al embajador. Pero la reina mandó rápidamente a unos cuantos soldados de la Guarda del Rey para proteger al representante de Felipe III y al edificio y se apaciguaron los ánimos (Cárdenas, 1844; Cárdenas y Rodríguez de Rivera, 1950: 64-71).

Esas manifestaciones de hostilidad no dejan de comprenderse pues la desaparición del monarca francés apartaba sus proyectos guerreros y el peligro para España. Además se sabía que María de Médicis, católica ferviente, era partidaria de un acercamiento de los dos países. De tal modo, hubo sospechas de que los españoles estuvieran implicados en una conspiración para eliminar al rey de Francia, pero no se ha dado con ningún documento fehaciente que permita avalar esta tesis (Mousnier, 1966: 26-30; Carmona, 1981: 156-182).

En los interrogatorios que se llevaron a cabo, al instruir la causa de Ravaillac, sometido al tormento, no salió a relucir nada contra los españoles o los jesuitas (Bège, 2010).

Sin embargo, Ravaillac estaba al tanto de las teorías del tiranicidio divulgadas por los predicadores católicos más intransigentes desde el tiempo de la *Liga*. Estas teorías, con ciertos matices, las habían acogido en particular los jesuitas, pero algunos de ellos como el español Juan de Mariana, habían extremado sus análisis sobre el tema (Mousnier, 1966: 35-38, 47-90). Por lo que hace a este último, su *De rege et regis institutione* se publicó en Toledo en 1599, fue reeditado luego en Maguncia en 1605, después de algunas modificaciones para responder a unas cuantas críticas, y reeditado otra vez en 1611.

El jesuita plantea muy directamente en su tratado el problema del tiranicidio ya que el capítulo 6 del libro 1 se titula: «Si es lícito matar al tirano». Contesta afirmativamente en el caso del monarca usurpador, pero también en el caso del que, siendo soberano legítimo, se porta de manera tiránica, apode-

rándose de la riqueza de los súbditos, despreciando las leyes y la religión del reino. En un primer tiempo, hay que amonestarle —escribe el autor—, y si no se corrige, es necesario que las asambleas públicas vean cómo se le puede echar del trono. De no poderse reunir el pueblo, es lícito que cualquier particular lo mate para evitar mayores males. Por ello, al empezar el capítulo, Mariana exalta a Jacques Clément, que mató a Enrique III, pues este último se había transformado en verdadero tirano (Mariana, 1981: 79-85; Turchetti, 2001: 473-480).

Las teorías de Mariana se difundieron por Francia a raíz de la edición de 1605. Hay que añadir que entre los herederos del espíritu de la *Liga*, a Enrique IV se le consideraba como un tirano por diversos motivos (Mousnier, 1966: 91-196). De ahí que, para muchos, los jesuitas hubieran sido los inspiradores del asesinato, directa o indirectamente, lo que provocó una violenta campaña contra ellos por parte de los hugonotes y de los galicanos, quienes, en hojas volanderas, afirmaban que eran los instrumentos de Roma y del rey de España. La primera consecuencia de todo ello fue que el Parlamento condenó el *De rege...* de Mariana que aprobaba la teoría del tiranicidio, justificando el asesinato de Enrique III, y en cierto modo, el de su sucesor, lo que era herético, pues la persona del soberano, representante de Dios en el reino, era sagrada en todos los casos. El libro se quemó ante la catedral de París el 8 de junio (Mousnier, 1966: 36-42).

Gracias a las medidas tomadas rápidamente por el gobierno de María de Médicis, y por las que pusieron en obra los gobernadores de las provincias, se mantuvieron la unidad nacional y la paz religiosa que Enrique IV había logrado establecer, de modo que no hubo verdaderos disturbios en Francia (Cassan, 2010: 15-16).

Se empezó a comprender la ingente labor realizada por el monarca fallecido y, en contradicción con la opinión negativa que, antes del asesinato, se tenía del monarca en diversos sectores de la sociedad francesa, se fue construyendo la imagen de un rey divino, de un rey mártir, de un rey bienhechor, es decir del «buen rey Enrique» (Mousnier, 1966: 234-236).

Se publicaron entonces en Francia, en los años 1610-1611, una serie de relaciones (que alcanzaron amplia difusión) en que se evocaba la muerte del soberano por mano del abominable regicida Ravaillac, se exaltaba la figura del monarca difunto y se afirmaba que, para continuar con la era de paz y prosperidad que había logrado establecer el gran rey desaparecido, todas las categorías sociales habían de permanecer unidas y habían de rechazar cualquier forma de enfrentamiento.¹ Lo mismo pasa con los numerosos sermones, oraciones y honras fúnebres de esos años, que se dieron inmediatamente a la imprenta en muchos casos.²

1. Véase por ejemplo, La Fons (1610). Se podrían aducir unos cuantos textos de este tipo (hemos recogido bastantes), pero, por tener que limitar este trabajo, no los citaremos aquí.

2. Véase por ejemplo, Mathieu d'Abbeville (1610). Aquí también se puede hacer la misma observación que en la nota precedente.

Lo que llama la atención es que rápidamente las diatribas contra España y los jesuitas se dejaron de lado³ para enaltecer la persona de Enrique IV y su acción en favor de la pacificación, unión y actividad del reino de Francia.

La reina regente y sus consejeros, siguiendo la opinión del nuncio pontificio Ubaldini, invirtieron las orientaciones de la política extranjera de Enrique IV y obraron en favor de una política católica que permitiera un convenio con España, lo que asimismo deseaban Felipe III y Lerma (Mousnier, 1966: 221-222; Ferros, 2002: 383-384; Hugon, 2004: 70; Williams, 2010: 225-226). El resultado de esta concordia estribó en el doble matrimonio, por una parte entre Luis XIII y la infanta Ana de Austria, hija mayor de Felipe III, y por otra, entre el futuro Felipe IV e Isabel de Borbón, hija mayor de María de Médicis. Los desposorios, por ambos lados, se verificaron en abril-mayo de 1612, por delegación, y, por ser muy jóvenes los desposados, los casamientos sólo se hicieron efectivos en 1615.

A poco del asesinato de Enrique IV, el embajador Íñigo de Cárdenas mandó un correo a Felipe III, participándole el trágico acontecimiento. Por el cronista Cabrera de Córdoba, sabemos que la noticia llegó a Lerma, donde estaba entonces la Corte, el mismo día en que nacía la infanta Margarita, o sea el 24 de mayo de 1610, si bien, según el mismo cronista, el embajador de Francia ya estaba al tanto de lo que había pasado (Cabrera de Córdoba, 1997: 406). Dicha noticia causó un verdadero asombro. Como lo apunta Cabrera de Córdoba, «hase tenido por caso prodigioso y encaminado del Cielo [...]; plega a Dios sea causa de mucha paz en la Cristiandad» (Cabrera de Córdoba, 1997: 406), ya que España estaba en un gran aprieto por la inminencia de la guerra planeada por el soberano galo.

En el Consejo de Estado se debatió acerca de lo que convenía hacer y se decidió que se había de tomar el luto por consideración por la reina María de Médicis, partidaria de un convenio entre los dos reinos (Williams, 2010: 224-226). Efectivamente es lo que hicieron el soberano y la Corte, enviando además a París al duque de Feria para dar el pésame a la reina regente. Las exequias del rey de Francia tuvieron lugar con mucha solemnidad, en la iglesia mayor de Lerma, los días 8 y 9 de junio, en presencia de Felipe III, apunta Cabrera (Cabrera de Córdoba, 1997: 408).

La primera relación en castellano del funesto acontecimiento parisino debe de ser la carta —bastante escueta sobre el particular— enviada por Íñigo de Cárdenas a Felipe III, desde París, el 17 de mayo de 1610 (la que llegó a

3. Desde este punto de vista, resulta significativo que *Le Mercure françois*, que se publica de manera periódica, cobrando un carácter casi oficial, y cuyo primer tomo abarca los años 1605-1610 sale en 1611-1612, cuente ampliamente el asesinato de Enrique IV, pero no diga nada sobre las amenazas contra el embajador y la embajada de España ni acerca de las acusaciones contra los españoles y los jesuitas. Y si bien habla de la condena y de la quema del *De rege...* de Mariana, no indica que éste pertenecía a la Compañía de Jesús (I, 417^v).

Jerónimo de Elser (16 de mayo del día 24).⁴ En ella, el embajador evoca, de manera breve pero fiel, las circunstancias de la tragedia del 14 de mayo, con la muerte casi instantánea del rey Enrique. También señala Cárdenas el alboroto ante la embajada, y la rápida reacción de la reina, mandando un capitán de la Guarda del Rey y soldados. Indica las medidas tomadas por el duque de Epernón y María de Médicis, la proclamación por el Parlamento del Delfín como Rey (Luis XIII), el 15 de mayo, y de la reina como regente. Acerca del asesino, cuyo nombre no cita, sólo menciona que su acto «dice lo hizo invitado del demonio, y que había muchos días que lo procuraba», sin aludir a las sospechas de que su mano la hubieran guiado los españoles y (o) los jesuitas, como lo pensaban los que llevaban el interrogatorio. Se ve que el embajador, a pesar de escribir: «Yo prometo a V. M. que han sido días terribles» y «hasta agora yo no sé qué decir desto», filtra en parte la información porque ya debe de prever que María de Médicis —cuyo papel valora— va a orientar de otra manera la política con arreglo a España.

Claro está que la carta/relación de Iñigo de Cárdenas no se publicó, aunque algunos elementos de ella se difundieron.

La segunda relación que hemos encontrado ha llegado hasta nosotros de forma manuscrita. Se trata de la que Alonso de Cárcamo, que fue corregidor de Toledo entre 1593 y 1598 y de nuevo entre 1604 y 1607 (Aranda Pérez, 1999: 237-238), envía desde Madrid, bajo forma de carta, con fecha de 1 de junio de 1610 (*Relación de la muerte violenta de el Rey Enrique de Francia...*). El destinatario es el Padre Pedro de Vargas, prepósito de la casa profesa de la Compañía de Jesús, probablemente de la ciudad del Tajo.⁵

El relato de Cárcamo coincide fundamentalmente con lo que sabemos, si dejamos de lado algunas indicaciones reveladoras que señalaremos más adelante. Su fuente de información —así lo indica— es el despacho que Iñigo de Cárdenas mandó a Felipe III y también el relato puntual que hizo el embajador de Francia en la Corte española, es decir que el antiguo corregidor tuvo a su disposición informaciones de primera mano.

Lo que resulta muy significativo es su modo de comunicar la noticia:

[La muerte del Rey de Francia] fue desdichada, porque murió un Rey tan grande, tan valeroso y poderoso a manos de un pícaro; contiene gran misterio y por lo menos conocerán los Reyes cómo se acuerda Dios de castigarlos y los erejes más duros y perversos y fuertes que confiesen que Dios es Cristiano y Español, pues viéndonos tan apretados a sido servido de cortar el hilo de tan conocidos daños como el Francés nos prometía.

4. Véase la carta del 17 de mayo en Cárdenas y Rodríguez de Rivera (1950: doc. VI: 64-71 y 67-68, por lo que hace a la relación).

5. Parece que el jesuita Pedro de Vargas fue natural de Madrid y publicó dos obras: *De conscribendis epistolis* y *Progymnasmata Rhetorica*; véase Álvarez de Baena (1973: IV, 200).

Bien se ve que a Enrique IV, se le consideraba como un verdadero hereje, a pesar de su conversión al catolicismo. De ahí que Dios haya manifestado una vez más que estaba a favor de los auténticos cristianos, de los verdaderos católicos, o sea de los españoles, castigando con muerte a los enemigos de España, librando a ésta de los males que la amenazaban. No deja de evocar el episodio de la embajada de París, sin ninguna alusión al rumor sobre la presunta implicación de los españoles en el asesinato, añadiendo que la reina María tomó en seguida las medidas necesarias para proteger al representante de Felipe III y el edificio.

Se puede notar que, en sustancia, lo escrito por Cárcamo, no difiere de lo indicado por Cabrera de Córdoba acerca de la intervención divina y por Cárdenas sobre el incidente de la embajada parisina. Pero hay más. Por lo que hace a las motivaciones del «desventurado francés» que mató a Enrique IV, menciona lo siguiente: «Respondió [que había muerto al monarca] por redimir la república de un Rey tirano». ⁶ Es decir que, por primera vez, aparece la teoría del tiranicidio por debajo de lo señalado, sin ningún comentario negativo por parte del antiguo corregidor, y sin ninguna alusión a Mariana ni a los jesuitas.

Lo que merece ponerse de relieve en esta carta mandada a los jesuitas es la importancia que éstos cobran —se indica que Enrique IV los apreciaba—, sin referirse a la campaña que hubo contra ellos en Francia. Asimismo, se subraya el papel de la reina regente, María de Médicis. Se está preparando el cambio de política que hemos evocado anteriormente, en que la Compañía de Jesús, ya omnipresente, tendrá una actuación más relevante todavía.

Del mismo modo, como se dice al principio de la carta, el asesinato del monarca francés ha de servir de escarmiento a los príncipes que se porten mal, especialmente, según la expresión de Cárcamo, a los «erejes más duros y perversos y fuertes», lo que fue el caso de Enrique, a pesar de su conversión —parece decir el antiguo corregidor—, de manera que lo del «rey tan grande, tan valeroso y poderoso» para calificar al soberano francés no es más que una forma de insistir todavía más sobre la caída, por castigo divino, que han de sufrir esos príncipes.

Rápidamente, a partir de los primeros días de junio de 1610, esta carta debió de circular muchísimo entre los jesuitas y en los círculos allegados a la Compañía, dando así a conocer el asesinato de Enrique IV a través de un relato más o menos orientado del acontecimiento, sacando de ello una serie de conclusiones favorables al catolicismo, a los jesuitas y a España, preparando asimismo la nueva política entre los dos países.

6. Nótese que no hay ninguna alusión a la presunta implicación de España o de los jesuitas en el asesinato del soberano francés. En unas contemporáneas *Consideraciones sobre la muerte del Rei de Francia*, el autor escribía acerca de Ravaillac: «Le preguntaban muchos si avía tratado con ministros de España, metiendo al conde de Fuentes, al embajador y al marqués Spínola [...] y también metían a los padres de la Compañía» (fol. 119v^a).

Hemos encontrado además cinco relaciones impresas vinculadas a la muerte de Enrique IV, en realidad cuatro, pues una no es más que la reproducción, con un título algo diferente, de una de ellas.

La relación que corresponde a la evocación de los elementos más antiguos es la que, utilizando una información venida de París, describe las ceremonias y fiestas vinculadas a la coronación de la reina María de Médicis, que se verificó en San Dionís el día 13 de mayo de 1610. Este tipo de relato no es raro en la España de esta época, sólo que corresponde a sucesos vinculados a la familia real española. Lo nuevo aquí es que se trata de la francesa, lo que demuestra que la atmósfera tan desfavorable a los habitantes del país vecino está cambiando.⁷

La impresión, realizada en el taller sevillano de Bartolomé Gómez, estaba acabada, hacia finales de mayo de 1610, cuando debió de llegar al impresor la asombrosa noticia del asesinato de Enrique IV, ocurrida al día siguiente de la coronación, o sea el 14 de mayo. En la última página del pliego, que estaba libre y donde se solía imprimir en tal caso algún romance, el impresor decidió estampar una narración escueta del asesinato. Para valorar la información, añadió una segunda parte al título previsto, quedando de tal modo intitulado el relato: *Veríssima relación de las fiestas que se hizieron en la coronación de la Reyna de Francia en París, y orden con que todo se hizo. Assí mesmo se da quenta de la muerte del Rey de Francia, cómo sucedió y en qué forma.*⁸ El añadido permitía encandilar todavía más la avidez de noticias de los españoles, en consonancia con esa «fiebre noticiera» de la cual hemos hablado en otro trabajo (Redondo, 2001), ya que Enrique IV había sido el adversario por excelencia, lo que era un buen reclamo para la venta.

Lo que nos interesa aquí es la última parte de la relación, centrada en la muerte del soberano francés. El relato es bastante reducido pero coincide con lo que sabemos acerca de las circunstancias del asesinato de Enrique IV y sobre lo que dijo el asesino, que le había empujado el diablo. No falta en la narración el episodio de la embajada de España, que pudiera haber sido trágico, y fue resuelto gracias a la intervención decisiva de la reina María, lo que se dice en el texto.

El autor se refiere a lo que escriben desde Francia y la fuente informativa es diferente de la oficial (la carta de Iñigo de Cárdenas) pues algunos detalles como la evocación de «unos carateres de cosas de hechizerías», que el asesino llevaba en el pecho, no figuran en la narración enviada por el embajador. Es de notar asimismo que en el relato no hay ninguna alusión a la intervención divina en la muerte del monarca galo, lo que es también revelador del cambio de atmósfera al cual nos hemos referido ya.

7. Sobre el rechazo de los franceses, considerados como enemigos desde tiempos antiguos, véase Gutierrez (1977).

8. El impresor Bartolomé Gómez (de Pastrana) fue activo en la capital andaluza entre 1603 y 1622, estampando bastantes relaciones de sucesos: Domínguez Guzmán (1992: 21); Delgado Casado (1996: I, 285-286, n° 348).

Esta relación, con la desastrada muerte del rey de Francia, dio lugar, por su carácter llamativo, o sea comercial, a una reimpresión en la misma ciudad de Sevilla, por Alonso Rodríguez, con un título algo diferente, pero exactamente con el mismo contenido (*Verísima Relación de las grandes fiestas...*). Lo que nos lleva a decir que esta edición es posterior a la de Bartolomé Gómez, es que se indica en su colofón: «por original impresso».⁹

Bien sabido es que estas relaciones en prosa las leían todo tipo de lectores y que las noticias se difundían también luego por oralidad. Pero las relaciones que eran todavía más populares porque alcanzaban hasta los analfabetos, eran las que cantaban los ciegos, redactadas en verso de romance.

Precisamente, en Logroño, del taller de Juan de Mongastón, sale en 1610 una *Relación verdadera sacada de una carta, de las que a su magestad imbiaron, en que trata la muerte lastimosa del quarto rey don Enrique de Francia, y la jura de la Reyna y Delfín su hijo después deste triste suceso, y del aprieto en que se vio el Embajador de España, con los sentimientos que los Cathólicos Reyes de España hizieron*.¹⁰

Es de notar que, al referirse desde el principio a una de las cartas recibidas por Felipe III, se le da a la narración una tonalidad oficial, lo que acentúa el carácter de veracidad subrayado.

Dicha relación se compone de cuatro romances, escritos por Diego Basurto, uno de los relacioneros activos por esos años.¹¹ Los romances corresponden a los diversos aspectos señalados en el título, con el habitual énfasis moralizante y católico, típico de este tipo de relato. Después de la evocación de la coronación de la reina María viene «la desgraciada muerte del rey de Francia en su coche», el 14 de mayo, ateniéndose la exposición a lo ya sabido, si dejamos de lado un detalle significativo: el soberano se encaminaba hacia la iglesia mayor donde el arzobispo le esperaba para decir misa, lo que transforma a Enrique IV en un perfecto católico, indicación reveladora de los cambios ocurridos. Por lo que hace a la motivación del asesino, se dice, conforme a lo que hemos adelantado ya, que cometió el regicidio empujado por el diablo. Lo del episodio de la embajada de España refiere lo que sabemos, pero además pone de relieve el valor de Iñigo de Cárdenas, quien había tomado las armas, dispuesto a defender su casa. La situación había vuelto a la normalidad gracias a la intervención de «la Reyna illustre y valerosa», a la cual se exalta mucho.

El cuarto romance cuenta la jura del Delfín como Rey de Francia, el 15 de mayo, y la de la reina María como regente durante la minoría de Luis XIII. En

9. Acerca del impresor Alonso Rodríguez (Gamarra), véase Domínguez Guzmán (1992: 21-22); Delgado Casado (1996: II, 605, n° 776).

10. Sobre el impresor Juan Mongastón (Fox), que fue activo en Logroño entre 1599 y 1637, y luego en Nájera y Haro hasta 1632, véase Delgado Casado (1996: I, 468-469, n° 592).

11. Acerca de Diego Basurto, que figura algunas veces con el nombre de Diego Ossorio Basurto, falta un estudio de conjunto. Véase algunos de sus textos en Simón Díaz (VI, 1961: nos 3356-3359 y XVI, 1994: nos 2928-2931).

la última parte de la relación, se insiste sobre las muestras de dolor y llanto de los muy católicos reyes de España, al enterarse en Lerma de la trágica muerte del monarca francés, vistiéndose de luto y tributándole Felipe III «a su amigo en vida» —se indica— obsequias, misas y sufragios dignos de él, prueba de la modificación de ambiente señalada ya. Finaliza el texto con la acostumbrada moraleja.

Esta relación, que tal vez fue reproducida en otras prensas, debió de contribuir a popularizar los acontecimientos ocurridos en Francia hacia mediados de mayo y la nueva atmósfera que correspondía a las relaciones apaciguadas entre Francia y España. Por lo demás, como el relacionero, bien informado, alude a las exequias de Enrique IV en Lerma, de los días 8 y 9 de junio de 1610, el texto no pudo ser redactado sino posteriormente y no debió de estamparse antes de la segunda quincena de ese mes.

En función del nuevo ambiente que reinaba ahora en España, no extraña que pueda aparecer algún que otro texto, vinculado a la muerte del monarca gal, traducido directamente del francés, como el que se imprime en Zaragoza en 1610, bajo el título, *Discurso lamentable sobre el atrevimiento y parecido cometido en la persona del Rey Henrique Quarto...*¹² En la portada, se indica que la traducción corrió a cargo del francés Roberto Duport,¹³ bien conocido de los quevedistas pues en 1626 publicó indebidamente, en la ciudad del Ebro, una edición de *La Política de Dios*, que no fue aprobada por el autor, operación que el francés repitió el mismo año con *El Buscón*, valiéndose de los apoyos que tenía en la capital aragonesa.¹⁴

El texto traducido, que originalmente iba dirigido a los franceses, encierra una evocación precisa de las circunstancias del asesinato, del dolor provocado por la muerte de «tan gran príncipe», con muchos improperios contra el asesino cuyos deseos han quedado frustrados pues en Francia todos han seguido unidos, afirmando los nobles su fidelidad a la Corona. Verdad es que la reina regente, esa gran princesa, ayudada por lo mejor de la aristocracia y del clero, ha tomado las medidas necesarias para que el reino siga en paz. La última parte de la relación es una calurosa llamada a la unión y a la concordia de todos los franceses. Por lo que hace a las relaciones de Francia con los países vecinos, asegura que la paz externa también ha de imponerse, en consonancia con la nueva política deli-

12. El impresor fue Lucas Sánchez, que empezó su actividad en Barcelona en 1609. Parece que se trasladó a Zaragoza en 1610 y que imprimió varias obras en esta ciudad entre 1610 y 1612: Delgado Casado (1996: II, 633, n° 816).

13. Lo de la traducción resulta evidente desde la portada, aún sin mencionarlo Duport. En efecto, el título empieza por «Discurso» y no por «Relación» y en los textos franceses que relatan la muerte de Enrique IV es el término *Discours* el que suele aparecer. Además, esos textos califican siempre al soberano de «Rey de Francia y de Navarra», lo que es el caso aquí, cuando los textos españoles sólo hablan de «Rey de Francia», pues lo de «Navarra» evoca viejas disputas entre los dos países sobre la posesión del reino correspondiente.

14. Acerca de las circunstancias de la intervención de Roberto Duport y la actitud más o menos ambigua de Quevedo, véase Gutierrez (1977: 149-150) y Jauralde (1998: 506-508 y 516-517).

nada en París por la reina regente y con la que desean Felipe III y Lerma. Por otra parte, bien se comprende que este texto se haya publicado en Aragón, tierra limítrofe con Francia, adonde llegaban rápidamente las noticias del país vecino.

La última relación de que deseamos ocuparnos va unida a una época algo posterior, la del entierro de Enrique IV, con las ceremonias correspondientes que duraron tres días en San Dionís, del 29 de junio al 1° de julio de 1610, sepultándose luego el cuerpo allá, donde estaba el panteón de los reyes de Francia, y aclamándose después al hijo del difunto como nuevo soberano, bajo el nombre de Luis XIII. Esta relación «verdadera», como es de suponer, sale en Sevilla y es muy parecida, por su tonalidad, a las que se publicaron en España con ocasión del entierro de los monarcas españoles (*Relación verdadera del solenísimo acompañamiento, y particulares Ceremonias del Entierro de Enrique Quarto...*).¹⁵ Describe de manera detallada la organización de la comitiva, el lugar que les tocaba a las autoridades, grandes señores y prelados, etc. así como las diversas fases de las honras fúnebres y la proclamación de Luis XIII.

El texto no presentaría mayor interés, de no encerrar un trozo revelador para nosotros, vinculado al sermón que hizo un obispo, glorificando al difunto y encareciendo mucho sus virtudes. El relacionero indica lo siguiente:

Hecha la ofrenda, el rey de armas convidó a un Obispo a quien estava encomendado el Sermón, el qual le hizo alabando mucho al Rey de su valor y virtudes, y dixo en esto que el mayor testimonio de su pérdida y de qué gran Rey era y en lo que él podía más alabarle era en dezir que un Rey tan grande como el Rey Católico le avía pesado mucho de su muerte, y alabándole mucho, y mostrando en sí y en su Corte las demostraciones de tristeza y sentimiento, que de un tan gran Rey se podían esperar...

La inversión que ya habíamos notado en la relación compuesta de cuatro romances se prosigue y se acentúa aquí. El gran rey Enrique IV, calificado de valeroso y virtuoso, aparecía tan digno de admiración que un rey excelso como el católico Felipe III no podía sino sentirse muy pesaroso por su muerte, manifestando su pena y alabando mucho al monarca francés. El mito del «buen rey Enrique» no sólo se expresa plenamente sino que se halla avalado por el soberano español.

Bien se ve, una vez más, que están cambiando decisivamente los vínculos entre los dos países y que ha llegado el momento de manipular hábilmente la opinión pública para ganarla al cambio de política que se ha emprendido. El momento de los casamientos entre los vástagos de las dos Coronas podía llegar rápidamente...

El asesinato de Enrique IV ha provocado un cambio decisivo en la política y los vínculos franco-españoles. En efecto, a la inversa de su real esposo, la reina regente, María de Médicis y los consejeros que la rodeaban eran partidarios de establecer un convenio con España, lo que también deseaban Felipe III y Lerma.

15. La relación salió del taller de la viuda de Alonso de la Barrera, la cual prosiguió la actividad de impresor de su esposo en Sevilla, entre 1607 y 1610: Delgado Casado (1996: I, 56-57, n° 60).

Las relaciones de sucesos reflejan progresivamente ese cambio de atmósfera. Del lado francés, si en un primer tiempo se culpa a los españoles y a los jesuitas —en particular a Mariana— de haber guiado la mano del asesino, rápidamente los textos indican que a Ravailac le empujó el diablo, dejando de lado las acusaciones primitivas. Lo que importa es exaltar la figura del gran rey Enrique que hasta va a presentarse como monarca admirado y amado por su amigo Felipe III, profundamente apenado por su muerte. Del lado español, después de haber visto el castigo de Dios en el asesinato de ese Enrique, más o menos hereje, que estaba a punto de entrar en guerra con un fuerte ejército, poniendo a España en un gran aprieto, se invierten pronto las perspectivas en los textos publicados. Se presenta ahora a Enrique IV como un gran monarca, víctima de un súbdito alevoso, como un heroico soberano, que merece la estima y compasión de los reyes de España. Al mismo tiempo, se exalta la figura de su viuda, la muy católica María de Médicis que, como reina regente, obra en favor de la paz.

A ambos lados de los Pirineos se asiste pues a una verdadera reescritura de la Historia, lo que permite manipular la opinión pública para hacerla favorable a la nueva política de unión entre los dos países, la cual ha de traducirse por los matrimonios regios franco-españoles.

Bibliografía

- ÁLVAREZ DE BAENA, José Antonio, *Hijos de Madrid* [reproducción facsímil de la ed. de Madrid, 1789], 4 vols., Madrid, Atlas, 1973.
- ABBEVILLE, Mathieu d', *Discours funèbre en l'honneur du Roy Henry le Grand. Prononcé à Paris, en l'Église S. Nicolas des Champs. Par le P. Matthieu d'Abbeville, Prédicateur Capucin*, Paris, Vve G. de la Noue, 1610, BNF: 8°-LB 35-992.
- ARANDA PÉREZ, Francisco José, «Nobles, discretos varones que gobernáis a Toledo. Una guía prosográfica de los componentes del poder municipal en Toledo durante la Edad Moderna (corregidores, dignidades y regidores)», en *Id.* (coord.), *Poderes intermedios, poderes interpuestos. Sociedad y oligarquías en la España moderna*, Cuenca, Ed. de la Universidad de Castilla-La Mancha, (1999), pp. 235-240.
- BABELON, Jean-Pierre, *Henri IV*, Paris, Fayard, 2009.
- BÈGE, François, *Ravaillac, l'assassin d'Henri IV*, Bordeaux, Sud-Ouest Éditions, 2010.
- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1997.
- CÁRCAMO, Alonso de, *Relación de la muerte violenta de el Rey Enrique de Francia que escribió Don Alonso de Cárcamo, de Madrid 1 de junio de 1610, al Padre Pedro de Vargas, Prepósito de la Casa Profesa*, Bib. Academia de la Historia, *Jesuitas*, 9/3691-85.
- CÁRDENAS, Íñigo de, *Cartas a Felipe III del embajador de España en Francia, D. Íñigo de Cárdenas sobre la guerra que quería mover Enrique IV. Y una relación de su muerte y entierro*, CODOIN, V, Madrid, Viuda de Calero, 1844.
- CÁRDENAS y RODRÍGUEZ DE RIVERA, Juan Francisco de, *Tres Cárdenas, embajadores de España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Escuela Diplomática, 1950.
- CARMONA, Michel, *Marie de Médicis*, Paris, Fayard, 1981.
- CASSAN, Michel, *La grande peur de 1610*, Seyssel, Champ Vallon, 2010.
- CASTANÈDE, Jean, *1610, L'assassinat d'Henri IV: un tournant pour l'Europe?*, Paris, France-Empire, 2009.
- Consideraciones sobre la muerte del Rei de Francia [¿1610?]*, BNE, Ms. 3826, 117r-119v.
- CONSTANT, Jean-Marie, *Henri IV, roi d'aventure*, Paris, Perrin, 2010.
- DELGADO CASADO, Juan, *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, 2 vols., Madrid, Arco/Libros, 1996.
- DELORME, Philippe, *Henri IV: les réalités d'un mythe*, Paris, L'Archipel, 2010.
- Discurso lamentable sobre el atrevimiento y parrecido cometido en la persona del Rey Henrique Quarto de gloriosa memoria, Rey de Francia y de Navarra*, traducido de francés en castellano por Roberto Duport, con licencia, Zaragoza, Lucas Sánchez, 1610, BNE: R. 13027/20.
- DOMÍNGUEZ GUZMÁN, Aurora, *La imprenta en Sevilla en el siglo XVII, 1601-*

- 1650, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992.
- EIRAS ROEL, Antonio, «Política francesa de Felipe III: las tensiones con Enrique IV», *Hispania*, 31 (1971), pp. 245-336.
- FEROS, Antonio, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, Marcial Pons, 2002.
- GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, *La «Pax Hispanica». Política exterior del Duque de Lerma*, Leuven, Leuven University Press, 1996.
- , «La Pax Hispanica: una política de conservación», en *La monarquía de Felipe III*, José Martínez Millán y María Antonieta Visceglia (dirs.), 4 vols., Madrid, Fundación Mapfre, 2008, IV, 1215 sq.
- GARRISSON, Janine, *Henri IV: le roi de la paix*, Paris, Tallandier, 2006.
- GUTIERREZ, Asensio, *La France et les Français dans la littérature espagnole. Un aspect de la xénophobie en Espagne (1598-1665)*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 1977.
- HUGON, Alain, *Au service du Roi Catholique. «Honorables ambassadeurs» et «divins espions». Représentation diplomatique et service secret dans les relations hispano-françaises de 1598 à 1635*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004.
- JAURALDE, Pablo, *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, 1998.
- LABOURDETTE, François et al. (eds.), *Le traité de Vervins*, Paris, PUPS, 2000.
- LA FONS, Jacques de, *Discours véritable sur la mort de Henry le Grand, contenant les dernières paroles qu'il proféra: ensemble les actions de piété qu'il fit peu d'heures avant sa mort*, Lyon, Nicolas Julliéron, 1610, Bib. Municipale de Lyon: Res. 325706.
- Le Mercure françois ou la suite de l'histoire de la Paix*, I, Paris, Jean Richer, 1611 [¿1612?].
- MARIANA, Juan de, *La dignidad real y la educación del rey [=De rege et regis institutione]*, ed. de Luis Sánchez Agesta, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981.
- MOUSNIER, Roland, *L'assassinat d'Henri IV, 14 mai 1610*, Paris, Gallimard, 1964.
- PETITFILS, Jean-Christophe, *L'assassinat d'Henri IV: mystères d'un crime*, Paris, Perrin, 2009.
- PILLEBOUT, Frédérique y VIDA, Claude (eds.), *La paix de Vervins, 1598*, s.l., Fédération des Sociétés d'Histoire et d'Archéologie de l'Aisne, 1998.
- REDONDO, Augustin, «Sevilla, centro de relaciones de sucesos, en torno a 1600: fiebre noticiera y narrativa», en *La cultura en Andalucía: vida, memoria y escritura en torno a 1600*, Pedro Ruiz Pérez y Karl Wagner (eds.), Estepa, Ayuntamiento de Estepa, (2001), pp. 143-184.
- Relación verdadera sacada de una carta, de las que a su magestad imbiaron, en que trata la muerte lastimosa del quarto rey don Enrique de Francia, y la jura de la Reyna y Delfín su hijo después deste triste successo, y del aprieto en que se vio el Embajador de España, con los sentimientos que los Cathólicos Reyes de España hizieron*, con licencia, Logroño, Juan de Mongastón, 1610, BNE: R. 36461.
- Relación verdadera del soleníssimo acompañamiento, y particulares Ceremonias del*

Entierro de Enrique Quarto de Francia, que duró tres días desde veynte y nueve de Junio, hasta primero de Julio, que quedó el Cuerpo en San Dionys. Y últimamente la aclamación del Pueblo al nuevo Rey Luys Tercero [sic] deste nombre, con licencia, Viuda de Alonso de la Barrera, 1610, Bib. Academia de la Historia, *Jesuitas*, 9/3636-51.

SIMÓN DÍAZ, José, *Bibliografía de la literatura hispánica*, Madrid, CSIC, VI, 1961 y XVI, 1994.

TURCHETTI, Mario, *Tyrannie et tyrannicide de l'Antiquité à nos jours*, Paris, PUF, 2001.

Veríssima relación de las fiestas que se hizieron en la coronación de la Reyna de Francia en París, y orden con que todo se hizo. Assí mesmo se da cuenta de la muerte del Rey de Francia, cómo sucedió y en qué forma, Sevilla, impreso con licencia por Bartolomé Gómez, 1610. BNE, VC/226/69.

Veríssima Relación de las grandes fiestas que se hizieron en la coronación de la Reyna de Francia en París, a treze días del mes de Mayo de 1610 y orden con que todo se hizo. Y cómo el día siguiente fue muerto violentamente el rey, por un vassallo suyo, y assí mesmo cómo fue coronado su hijo primogénito por Rey, Sevilla, por Alonso Rodríguez, por original impreso. Con licencia, 1610, Bib. de Catalunya, Res. 94. Fol. /10.

WILLIAMS, Patrick, *El gran valido. El duque de Lerma, la Corte y el gobierno de Felipe III, 1598-1621*, Junta de Castilla y León, 2010.

